

ADVERTENCIA



HENRY M. STANLEY

ADVERTENCIA

Como para los países de América no hay en realidad sino dos correos regulares por mes, y como deseamos hasta donde nos sea posible poner esta publicación, por la modicidad de su precio, al alcance de las más humildes fortunas, hemos resuelto no publicar LOS ANDES sino en los días 1° y 15 de cada mes. Esta medida nos permitirá aumentar el texto de cada número, esmerarnos más en lo material y dar mayor actualidad para nuestros lectores de América, á las noticias que insertaremos la víspera de la salida de los respectivos vapores. Este número corresponde, pues, al 1° de agosto.

Este cambio introduce naturalmente una modificación bien sensible en el precio de la suscripción, como se verá en la tarifa que contiene la última página. Un empleado especial irá, pues, á casa de cada una de las personas que se han servido cubrirnos el importe de sus suscripciones en París, para verificar el cambio de los recibos que hoy tienen por los nuevos, en la debida proporción.

Aprovechamos la oportunidad para dar una vez más muy expresivas gracias á las personas que nos han honrado con sus simpatías y con su apoyo, tanto intelectual como material.

LA REDACCION.

HENRY M. STANLEY

La Sociedad de Geografía de París dió el día 20 de diciembre de cada año una medalla de oro al autor de los últimos y mayores progresos alcanzados en el campo de las ciencias geográficas. El laureado de este año ha sido Henry M. Stanley, cuyo retrato adorna hoy la primera página de LOS ANDES.

Treinta y cinco años cuenta el ilustre viajero americano, los que le han sido suficientes para realizar las grandes obras que le merecen la alta distinción de la Sociedad de Geografía, así como las ovaciones y honores de que ha sido colmado de enero á esta fecha por las asociaciones científicas y gobiernos europeos.

Al regresar de su última expedición, el conquistador del negro continente, — como lo podemos llamar — ha mostrado á los geógrafos la carta exacta del centro de Africa: al comercio, un vasto campo que explotar: á las ciencias, numerosas y nuevas observaciones: al valor y á la intrepidez, un ejemplo que imitar; y á la civilización los albores del pronto rescate de las desgraciadas tribus que pueblan el suelo de ese rico continente. Stanley tiene derecho de arrebatarse resueltamente á los anales del progreso humano, una de las páginas que están reservadas á los grandes exploradores, y colocarse sin modestia al lado de Marco Polo y Colon, Vasco de Gama y Magallanes, Barents y Franklin.

Vamos á trazar, en muy estrechos límites, la carrera del que nació y recorrió los primeros años de la vida ignorado; del periodista colaborador de algunos diarios americanos; del *travelling correspondent* del *New-York-Herald*; del descubridor de Livingstone en 1871, y del héroe del Africa ecuatorial actualmente.

Las noticias biográficas publicadas hasta hoy son muy contradictorias: unas lo dan como nacido en el Missouri, otras en Luisiana, otras, en fin, en Nueva York. Los datos sobre su juventud, educación y pasado, no son más positivos, debido á la oscuridad de su cuna. Parece, sin embargo, que era amante de las aventuras, que tomó alguna parte en la guerra de secesión, que hizo una navegación de 700 millas en un afluyente del río Missouri, en una mala barca construida por él mismo, y que hasta la edad de veinte y ocho años, época en la cual entró al servicio del *New-York-Herald*, se ocupó en escribir correspondencias para otros periódicos de segundo orden.

Hace algun tiempo, se publicó en Lóndres un volumen que lleva por título: *Henry M. Stanley, historia de su vida*, y en el cual se afirma que Stanley no se llama Stanley sino Rowlands, y que no es natural de los Estados Unidos, sino originario del país de Gales. Allí se añaden algunos datos sobre su nacimiento verificado en 1841 en Denbigh, sobre su educación, posición, etc., pero todo se ha juzgado como leyenda más ó menos fantástica y nadie ha hecho caso de ella. Stanley no habla de su pasado, y cuando le muestran el librito en cuestión, contesta secamente: « ¿Qué quieren que yo haga? No puedo impedir á las gentes el escribir lo que les pasa por la imaginación. » Lo cierto es que hoy Stanley es considerado como oriundo del Estado de Missouri en la Union Americana, y que nació en 1842.

En sus primeros ensayos, que aparecieron en el *New-York-Tribune*, se dedicaba Stanley á la política militante, pero como todo principiante se vió eclipsado, en este género, por otros viejos campeones del periodismo americano, y resolvió aceptar el encargo de corresponsal en el teatro de la guerra de los Sioux, que estalló en la misma época. Sus correspondencias fueron muy remarcadas de la prensa americana, pues á un buen estilo reunían las condiciones de detalles y actividad necesarias á toda carta de un *reporter*.

Terminada la guerra de los Sioux, y vuelto á Nueva York, Stanley encontró en seguida un nuevo teatro donde poner en juego su inteligencia, su energía incontrastable y su actividad esencialmente *yankee*. La guerra de Abisinia se declaró, y las huestes inglesas partieron para Africa, á dominar la altivez del rey negro. El *New-York-Herald*, ó mejor dicho, M. James Gordon Bennett, que acababa de recibir el gran diario de manos de su padre, que habia muerto, necesitaba y buscaba un corresponsal seguro á quien pudiera confiar la misión de partir al Africa, para poder informarse de los acontecimientos antes que otro cualquiera. Stanley fué escogido entre los muchos que se ofrecieron; M. Bennett no habia olvidado las correspondencias publicadas por el *New-York-Tribune*. Se ofreció para hacer la campaña de Abisinia por cuenta de los dos diarios, la *Tribune* y el *Herald*, participando cada uno por mitad á los muchos gastos del viaje.

El director del *Herald*, que tiene por principio el no entrar en esta clase de asociaciones, dijo á Stanley:

— Usted partirá por mi sola cuenta, ó no hacemos el negocio.

— Pero los gastos son enormes...

— No importa.

Se pusieron de acuerdo, y Stanley partió para Africa, y lleno de inteligencia y actividad, tuvo el placer de anunciar el primero al gobierno inglés, la victoria de sus armas y el suicidio de Theodoros. Las autoridades inglesas disponian de todos los medios de comunicacion posibles, y sin embargo, el parte del *reporter* americano llegó á Lóndres veinte minutos antes del telegrama oficial. M. Bennett, que se hallaba á la sazón en Lóndres, comunicó el despacho al Foreign Office, que negó la autenticidad.

— Nada hemos recibido nosotros, decia el ministro.

— Pronto lo recibirán, contestaba M. Bennett, que tenia entera confianza en su encargado.

En efecto, pocos momentos despues se confirmó la noticia, y el incidente dió lugar á que la fama de Stanley quedara sólidamente establecida entre los periodistas ingleses, quienes le hicieron toda clase de proposiciones, las que fueron rechazadas, pues el corresponsal de Africa queria ser fiel y continuar su carrera al lado del hombre que habia hecho su fortuna.

Pasaron algunos años, y en 1869 se encontraba Stanley en Madrid, desempeñando la misma mision que habia desempeñado en Africa, y á propósito de los acontecimientos políticos que agitaban la monarquía española.

Era el 16 de octubre de 1869, y á las diez de la mañana estaba el *reporter* en su domicilio de la calle de la Cruz en Madrid, ocupado en corregir y arreglar sus notas y en buscar el objeto de la próxima carta para su diario. La última trataba de los asesinatos de Valencia, y era preciso encontrar algo por el estilo, que ofreciera algun interes dramático. De repente tocan á la puerta, y su criado le entrega un despacho telegráfico que Stanley abre precipitadamente, creyendo encontrar lo que buscaba. El telegrama decia :

« Paris, Grande Hotel.

» Véngase inmediatamente, tengo que hablarle de un negocio importante.

J. GORDON BENNETT. »

Trascribimos textualmente y tal como se encuentra en el libro de Stanley: *How I found Livingstone* el diálogo ocurrido entre el director del *Herald* y su corresponsal á la llegada de este á Paris.

« A las tres de la tarde me puse en marcha, y viéndome obligado á detenerme en Bayona, no pude llegar á Paris sino la noche siguiente. Fuí directamente al Grande Hotel y llamé á la puerta de M. Bennett.

— Entre, dijo una voz.

Encontré á M. Bennett, acostado.

— ¿Quién es Vd.? preguntó.

— Stanley.

— ¡Ah! bien, siéntese; tengo una mision importante para Vd.

Se levantó, se cubrió con una bata y me dijo vivamente:

— ¿Dónde cree Vd. que esté Livingstone?

— No sé verdaderamente nada, señor.

— ¿Cree Vd. que ha muerto?

— Es posible que sí, como es posible que no.

— Yo creo que vive y que se le puede encontrar, y lo mando á Vd. á buscarlo.

— ¿A buscar á Livingstone? ¿Ir al centro del Africa, es lo que Vd. quiere decir?

— Sí, que Vd. parta, que lo encuentre, no importa dónde, y que traiga todas las noticias posibles con res-

pecto á él. Quizá el viejo viajero se halla en la desgracia. Lleve Vd. consigo todo lo que pueda serle útil para ayudarlo. Como es natural, Vd. trazará su plan y lo seguirá como le parezca, pero encuentre á Livingstone.

Sorprendido de esta orden y de que se me enviase secamente, no importa dónde, á buscar un hombre que se creia muerto, le hice esta reflexion.

— ¿Ha pensado Vd., señor, en el gasto que ocasiona este viaje?

— ¿Cuánto costará? preguntó M. Bennett.

— Burton y Speke han gastado de tres á cinco mil libras, y yo creo que será necesaria una suma por lo menos de dos mil quinientas.

— ¡Pues bien! Vd. tomará por ahora mil libras cuando se agoten, gire por otras mil, luego por igual suma y así sucesivamente; pero encuentre Vd. á Livingstone.

Me deseó una buena noche, y yo partí. »

Tal es el prólogo de las aventuras que han inmortalizado al viajero y al generoso director del *Herald*, promotor de ellas.

En Europa se ignoraba completamente el paradero de Livingstone; hacia mucho tiempo que sus cartas no llegaban á Inglaterra, lo que producía una cierta inquietud. Las fabulosas versiones que circulaban sobre la suerte del ilustre misionero, decidieron al gobierno inglés y á la Sociedad de Geografía de Lóndres á enviar una expedicion con el objeto de averiguar si Livingstone habia muerto ó si vivia, y socorrerlo. Esta expedicion fué confiada á M. E. D. Joung, oficial de marina y al teniente Faulker, lancero; y el 11 de junio de 1867 se dirigieron al rio Zambesi, de donde debian internarse en el continente.

La exploracion no dió resultado alguno satisfactorio, y fué entonces cuando germinó en la mente de M. Bennett la idea de descubrir al viajero inglés que escapaba á todas las investigaciones.

La segunda expedicion encargada de descubrir á Livingstone, fué equipada por el diario americano y puesta bajo la direccion de Stanley. El 6 de junio de 1871 desembarcó en Zanzibar. Abandonada la costa inmediatamente, la expedicion llegó en el mismo mes al territorio de Unyanyembe, donde fué detenida por tres meses, por causa de guerra. Numerosas deserciones y muertes diezmaron la tropa, que tuvo que reforzarse con los naturales de buena voluntad que se hallaron. De allí se dirigió Stanley para el lago Tanganika, en direccion sud-oeste, y á los cincuenta y cuatro dias de marcha y doscientos treinta y seis despues de su partida de Bagamoyo, sobre la costa, llegó al pueblo árabe de Ujiji, donde encontró providencialmente al doctor Livingstone, quien justamente se hallaba allí de regreso de un pais llamado Manyuenva, á 700 millas al oeste del lago Tanganika.

La obra que he citado arriba narra los detalles de todo su viaje, así como la escena del encuentro de las dos expediciones.

Los dos viajeros permanecieron juntos durante cuatro meses, é hicieron un viaje de 750 millas, despues de lo cual se separaron para siempre en Unyanyembe, el 14 de marzo de 1872.

La noticia de su descubrimiento y el feliz éxito de la expedicion americana, suscitó algunas dudas al principio, pero estas desaparecieron para dar campo á la admiracion y gloria que tan justamente se prodigaron al intrépido viajero, al verse que Stanley traia consigo el diario de Livingstone, así como cartas para los parientes y amigos de éste.

La segunda expedición de Stanley, no tenía por objeto ya buscar á Livingstone. El ilustre anciano había muerto pocos meses después de su encuentro de Ujiji. El hombre que había dedicado su existencia toda al Africa, como misionero y como geógrafo, como naturalista y como médico; el hombre á quien debe la civilización grandes descubrimientos y las desgraciadas tribus del Africa sur, un poco de luz y de verdad; el hombre—de quien nos decía el capitán Cameron, el año pasado á su regreso de Africa, y cuando tuvimos el honor de visitarlo en París— que recorría el continente que ha surtido de esclavos al mundo, montado en un buey, con una cruz en una mano y la Biblia en la otra; el hombre *blanco*, cuyo recuerdo se guarda con respeto por los pueblos y tribus que recorrió en Africa, y cuya vida pudiera servir de dechado á tantos misioneros; el hombre, en fin, cuyas cenizas reposan en la abadía de Westminster bajo el peso de la gloria y la veneración con que la Inglaterra sabe recompensar á los que en cualquiera parte, Norte ó Sur, han sabido engrandecer su nombre, había entregado su alma á Dios, en el territorio de Chitambo, al sur del lago Banguelo, el 1º de mayo de 1873. — Que se me permita el paréntesis que cierro aquí.

El segundo viaje de Stanley fué hecho con un objeto puramente científico: levantar la carta exacta del Africa central, y en particular la de su sistema hidrográfico, hacer observaciones meteorológicas, y estudiar la flora y la fauna de ese continente.

Los gastos de la nueva expedición fueron hechos por el *New-York-Herald* y por el *Daily-Telegraph* de Lóndres.

En su primera carta, fechada en Zanzibar el 16 de noviembre de 1874, Stanley da cuenta al *Daily-Telegraph* de la organización de la expedición en aquella isla, y de los preparativos de partida. De esa fecha en adelante, y hasta el 5 de setiembre de 1877, en que dirige su última correspondencia de Loanda, en la costa Occidental, escribió veinte y seis cartas á dicho diario, dando cuenta de los trabajos de su expedición. Estas cartas, que son las únicas que se han publicado sobre su último viaje, solo han dado á conocer á grandes rasgos sus trabajos. En estos momentos termina Stanley una obra en que describe con todos sus detalles los descubrimientos geográficos y las muchas aventuras que le ocurrieron en este largo viaje.

Nosotros por nuestra parte, y ciñéndonos á los límites de un bosquejo biográfico, nos contentaremos con indicar simplemente su itinerario.

De Bagamoyo, sobre la costa, de donde parte el 17 de noviembre de 1874, se dirige al lago Victoria Nianza, pasando por Ounyanyembe; de este lago escribe con fecha 15 de mayo, dando cuenta de la exploración completa de dicho mar interior; de allí se dirige al imperio de Mteza, al Norte; luego al lago Albert Nianza, de cuya costa Sur se ve obligado á retroceder por la hostilidad de los naturales. Toma al Sur, en dirección del país de Karogouie, de donde dirige otra carta con fecha 26 de marzo de 1876, y en la que da cuenta de grandes descubrimientos geográficos; se encamina al lago Tanganika, el que explora en toda su extensión, y que solo era conocido en la parte Sur, merced á los trabajos de Livingstone y Cameron; en fin, de allí toma el nacimiento del río Lualaba-Congo, el que explora detenidamente, atravesando regiones completamente desconocidas y por en medio de tribus de antropófagos, hasta la fecha de su última carta, en 1877, en que logra llegar con su destrozada tropa al puerto de Loanda, sobre el Atlántico. Tres años de padeci-

mientos, de aventuras peligrosas, de guerras con los salvajes, de hambres y de enfermedades de toda especie.

El objeto de Stanley ha sido llenado: ha establecido el acuerdo entre las muchas teorías de los viajeros que le precedieron; las fuentes del Nilo, que tan hermosos versos han inspirado á Lucrecio, han sido arrancadas á sus misterios; el lago Victoria Nianza no tiene ya secretos; y el río Congo—la grande arteria del continente africano, ha sido recorrido y descrito en una extensión de tres mil kilómetros. — El viajero americano ha encontrado nuevos y numerosos pueblos, unos buenos y mansos, otros guerreros y malos; unos numerosos y ricos, otros miserables y pobres, y todos pisando la zona mas rica del globo. El oro, el cobre, el plomo, todos los metales en fin, así como todas las producciones y todos los animales, en profusión inmensa, se encuentran en esos grandes territorios que en adelante quedan señalados por el audaz viajero al comercio y á la civilización que necesitan hoy teatros mas extensos que el viejo mundo.

Stanley es un hombre de pequeña estatura; á pesar de sus treinta y cinco años, sus cabellos están ya blancos, el bigote está aun negro, y sus facciones en conjunto y en especial la mirada, revelan una energía y un valor incontrastables.

Repetimos que Henry M. Stanley, pertenece hoy á la Historia y en esa Historia ocupa una de las páginas de los inmortales; como explorador, como valiente, como benefactor de la humanidad y como sábio, está llamado á igualar á los grandes aventureros de los siglos pasados, á los grandes capitanes, á los apóstoles del bien, y á los acreedores á la ciencia, por sus servicios.

F. FONNEGRA.

CRONICA

El grande acontecimiento de la semana, ha sido, sin duda alguna, el de la ratificación de la Convención celebrada el 4 de junio último entre la Inglaterra y la Turquía, relativa á la cesión de esta á aquella de la isla de Chipre. La Convención, que no consta sino de dos artículos, — bastante lacónicos por cierto para tratarse de los intereses de un pueblo entero y del protectorado del Asia Menor, conferido á la Inglaterra, — ha sido calurosamente aprobada, en el fondo y en la letra por la prensa inglesa, con excepción del *Daily Telegraph*, que la condena haciendo resaltar la grave responsabilidad asumida por la Inglaterra. La opinión general en Europa ha sido favorable á esta anexión, ya por creerse que ella calmará un tanto las ambiciones rusas, como porque se espera que la Turquía se regenerará bajo el protectorado inglés. Todo lo cual no impide que la sorpresa haya sido universal, y que las consecuencias de la tal anexión puedan ser muy graves.

La Convención dice así:

Artículo 1º — En el caso de que Batum, Ardahan, Kars, ó cualesquiera otras plazas sean retenidas por la Rusia, ó de que en una época cualquiera tenga lugar alguna tentativa de parte de la Rusia para apoderarse de cualquiera porción del territorio perteneciente á S. M. I. el Sultán, en Asia, según los términos del tratado definitivo de paz, la Inglaterra se obliga á unir-

se á S. M. I. el Sultan para los efectos de defender los territorios amenazados y de rechazar la invasion por medio de las armas.

En cambio, S. M. I. el Sultan promete á la Inglaterra que introducirá todas las reformas necesarias (las que se acordarán mas tarde por ambas potencias) para asegurar el buen gobierno y eficaz proteccion de los súbditos cristianos y otros de la Sublime Puerta que se hallan en sus territorios; y con el fin de que la Inglaterra se halle en capacidad de hacer efectivas las medidas necesarias para la ejecucion de lo pactado, S. M. I. el Sultan consiente, además, en designar la isla de Chipre para que sea ocupada y administrada por ella.

» Art. 2º — La presente Convencion deberá ser ratificada para ser válida y el cambio de las ratificaciones deberá efectuarse dentro de un mes ó antes si fuere posible.

» En fé de lo cual, los plenipotenciarios de ambas partes contratantes, estienden la presente Convencion firmada y sellada de su mano en Constantinopla, á 4 de junio de 1878.

» A. H. LAYARD.

» SAVFET. »

Siguen algunos artículos aclaratorios, de fecha 1º del presente, en los que por el más importante, el 6º y último, se estipula que si la Rusia devolviese á la Turquía Kars y las otras conquistas hechas por aquella en Armenia, durante la última guerra, la isla de Chipre será evacuada por la Inglaterra y la Convencion del 4 de junio quedará sin ningun valor ni efecto.

* * *

El Congreso de Berlin concluyó dejando arreglada la cuestion de límites de las diversas naciones interesadas. La decision del Congreso sobre aumento de territorio concedido á la Grecia en Epira y Tesalia, gracias á los plenipotenciarios franceses é italianos, ha sido recibida como es natural, con el mayor entusiasmo en Atenas. El porvenir de ese pueblo tan digno de mejor suerte, no puede ménos de interesar profundamente al mundo letrado y artístico de ambos hemisferios.

EL SALON DE PINTURA EN 1878

(Continuacion.)

En el número anterior suspendimos nuestra ojeada al Salon, no tanto porque se nos estrechó el espacio que para el objeto se nos diera, cuanto por el temor de fatigar á nuestros lectores con el modo de tratar asunto tan digno de mayor competencia. Esa suspension fué muy contraria á nuestro deseo, pues nos vimos obligados á cortar el estudio que se merecen otras obras de suma importancia, así respecto del elemento americano en particular, como del arte en general.

Continuaremos hoy; y aunque vivimos, ó mas bien nos ahogamos en una temperatura de treinta y dos grados del centígrado, ó lo que es lo mismo, un incalculable número de los de Farenheit; aprovecharemos los primeros dias del mes de Julio, antes de que el Salon sea temporalmente cerrado durante una semana, co-

mo hay costumbre, lo que tendrá lugar el dia 7 del presente, para estudiar algunas otras obras debidas á los pinceles americanos, tales como el del señor *Pedro Francisco Lira*, nacido en Santiago de Chile, y cuyo estudio se encuentra en las calles Banen, nº 31, y Martin, nº 5. El señor Lira, que ha sido discípulo de la escuela de pintura de su patria y discípulo tambien de Luminais, ha presentado dos cuadros de grandes dimensiones, especialmente el que se llama « Trabajo, » marcado con el número 1,449, el cual vamos á estudiar desde luego.

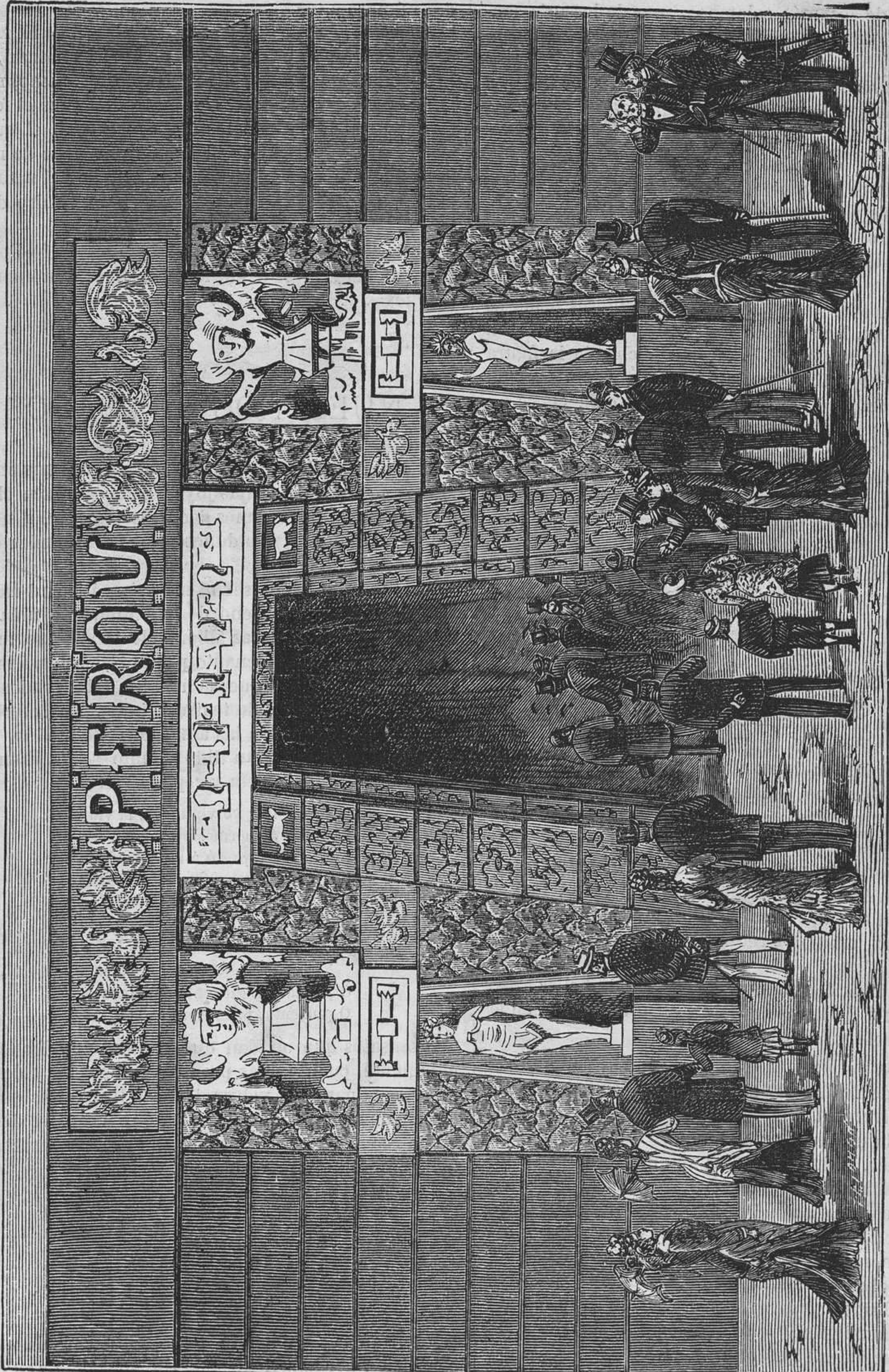
Cuatro jayanes mueven un carro cargado con una piedra enorme, que desgraciadamente ya está enlucida, es decir, no tiene carácter, le falta verdad; y tendiendo su autor al crudo realismo, debió cuidar su estudio del natural, como hizo con el carro, el que está perfectamente reproducido, demasiado tal vez en comparacion de los sugetos segundo y cuarto, que no lo están suficientemente. La figura que lleva calzon azul es perfecta si las hay; el vigor con que está pintada deja ver en su autor cualidades de maestro. Las dos figuras que estudian en el segundo plano otra piedra, son tambien muy notables, especialmente el hombre de la blusa y es de sentirse que tan amarillo le resultara el sombrero. El que mide tiene tal conciencia, tal conviccion de lo que está haciendo, que pudiera haber inventado el metro si no lo estuviera ya. El paisaje, un tanto monótono como colorido, destruye el tono armonioso y caliente de las figuras. Los cascajos del fondo fueron hechos de memoria. El talento del señor Lira merece ocuparse de asuntos mas precisos, de asuntos que digan algo mas que el de su cuadro, el « Trabajo, » que verdaderamente, por grandes cualidades que tenga, pocos son sus atractivos como composicion. Laudable es de parte de su autor pintar en dimensiones que están fuera del comercio vulgar del dia; y si el cuadro de este número, por falta de atractivo en la composicion, no recompensa á su autor la pena que se haya dado al pintarlo, en cambio el verdadero arte le debe mucho por el talento y el valor que ha empleado en realizarlo.

El cuadro de la « Miseria, » que lleva el número 1,450, es una mujer sumida en la desesperacion, pero en la desesperacion muda, en el momento de tomar tal vez una fatal resolucion. Representa toda una vida de desgracia y sacrificio; hay todo un drama en esta sola figura y, siendo mucho mas sencillo hay en él mejor composicion que en el anterior, puesto que tiene un alcance moral, una intencion. El arte no consiste solo en copiar la naturaleza, que es su madre y modelo. La cruda fotografia vendria á ser entónces su perfeccion. El arte debe apoderarse, comprometer y seducir las pasiones ó los sentimientos del espectador, y en la figura de esta mujer sentada en una silla raída y que si no es distinguida como tipo, la realza grandemente la expresion que le ha dado su autor, tiene en sí misma algo que atrae, que encadena al espectador. El traje está admirable de verdad; la figura es algo mas pequeña que el natural.

Entendemos que el señor Lira ha cambiado de manera, que ha variado últimamente de rumbo en el arte, y se inclina al género *Courbet*, ó, como si dijéramos, al realismo llevado á la exageracion, ó mas bien á la cruda imitacion del natural ante todo. En esta via, como en la otra, el señor Lira será maestro en el arte; mas no nos permitiremos aconsejarle cuál deba ser esa via, puesto que mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.



LA PRIMAVERA



EXPOSICION UNIVERSAL. — Vista de la fachada del Perú.

R. Dreyer

Juan Leon Pallière, nacido en Riojaneiro, de origen frances, discípulo de Picot y de Lenepveu, se ha lanzado, en su cuadro número 1,718, por la via del arte mayor y ha tomado un asunto en la religion, que tanto ha inspirado á los grandes maestros. El que ha escogido es uno de los más solemnes, uno de los más conmovedores, uno de los más dramáticos que nos presenta la historia de la humanidad, y que por haber sido tratado por muchos de los artistas de todos los tiempos y maltratado por tantos otros, siempre está lleno de novedad y de interes para el espectador.

Este asunto, que siempre será nuevo, siempre sublime, siempre grandioso, hace digno de toda alabanza al artista que se crea con valor para tratarlo. María, la madre dolorosa, sostiene sobre sus rodillas, anonadada por tan terrible espectáculo, el cuerpo de su hijo muerto; la escena pasa al pié de la cruz, de la que solo se vé el principio de la parte baja. Las mujeres piadosas la acompañan. Los personajes son de tamaño natural y llaman la atencion. Abstraccion hecha de la figura del Cristo, cuyo tipo, un tanto vulgar como cuerpo, denuncia demasiado el modelo, y cuya cara choca un poco quizás por estar demasiado de frente, las dos mujeres que se hallan en segundo plano, son verdaderas figuras correctas de dibujo y expresion, siendo de sentirse que su autor pusiera más cuidado en éstas que en la de la Virgen, puesta en la sombra y rebajada de color, sin que el espectador se explique qué pueda causar aquel rebajo. La musculatura del Cristo, principalmente en las piernas, es exajerada y hasta vulgar. El colorido todo es brillante. En suma, el cuadro « La pieta » honra á su autor, cuyo estudio se halla en el Boulevard de Clichy, número 67 bis.

Cosme San Martin, de Chile, tiene, con el número 2,006, un cuadro que llama « El lavadero, » cuadro de interior, en el que las mujeres del primer plano, bien estudiadas, pierden de su efecto, porque las del segundo se vienen encima, si así podemos decir, por falta de atmósfera entre ellas.

El asunto es de poco interes y está muy mal colocado en el salon para poder juzgar de sus cualidades. En cambio, con el número 2,007 tiene el Sr. San Martin una cabecita de niña llena de brio, tan solo un boceto, divina como dibujo. Greutze no desecharia su expresion.

San Martin es discípulo de la escuela de bellas artes de Santiago y de I. A. Gonsález; su estudio está en la calle Humboldt, número 23.

Pedro Leon Carmona, de Chile, discípulo tambien de la escuela de bellas artes de Santiago, con el nombre de « Una diversion familiar, » y bajo el número 408, nos presenta un cuadro que anuncia todo un porvenir para su autor. Veinte personas reunidas en un salon, bien dispuestas, bien alumbradas, colocadas con gracia, dibujadas con curiosidad, se entretienen las más de ellas en ver hacer pinicos á un niño, y salvo dos ó tres parejas que se ocupan tal vez de semejantes ú otros proyectos sobre el mismo asunto, los demas, inclusive un buen obispo, contemplan los vacilantes pasos del niño, que comienza, y que son imájen sin duda de los de la humanidad que representa.

La composicion recuerda « La educacion de un príncipe » de Zamacois; los personajes visten trajes de la época de Luis XV.

Urje que el Sr. Carmona modifique el dibujo desapacible de su alfombra.

Guillermo Carlos Tasset, de Lima, discípulo de Ge-

rôme, tiene un paisaje « A orillas del bosque. » Varias mujeres se ocupan en recojer leña; el aire que se respira es puro; las mujeres del segundo plano muy bien dispuestas, la del primero poco graciosa; la yerba fresca, demasiado verde tal vez, constituyen el cuadro número 2,102.

Alberto Orrego, de Valparaiso, ha pintado « El rincon de un estudio; » una armadura de tamaño natural, bien bruñida, de puro acero, alabardas de lo mismo, recostadas contra una tapicería un tanto cruda en el fondo, una espada demasiado blanca, constituyen el cuadro número 1,703, en el que el Sr. Orrego pone de manifiesto la facilidad y práctica en el estudio del natural y el talento y la gracia para disponer un cuadro de interior.

El Sr. Orrego es discípulo de Lefebvre y de Boulangier; su estudio está en la calle Bayen, número 31 (Ternes)...

A. U.

NUESTROS GRABADOS

El cuadro de M. A. Cot, cuyo grabado damos en este número, es una de tantas joyas como produce el arte moderno, casi pudiéramos decir diariamente, y su autor mereció por él uno de los primeros premios en el salon de 1875.

El asunto no puede ser ni más simpático ni más risueño. Un mancebo lleno de juventud, una niña que despierta á los primeros albores de la vida, se mecen ambos indiferentes á cuanto pueda rodearlos, á la suave y pura atmósfera que se respira, á la frondosa naturaleza que les sirve de teatro, é ignorantes, afortunadamente para ellos, de las amarguras de la vida, parece que al comunicar su tibio aliento realizan en este instante la idea del poeta y repiten con él.

Juntos tú y yo vinimos á la vida
Llena tú de hermosura y yo de amor;
A tí vencido yo, tú á mi vencida
Nos hallamos por fin juntos los dos...

Insensatos que no piensan que el asunto de esta bella pintura fué inspirado á su autor por el dístico del poeta italiano.

O primavera giuventù de l'anno,
O giuventù, primavera della vita!

Insensatos que olvidan que si pasa aquella tan rápidamente, cuánto mas pronto vemos volar y desaparecer esta para no volver jamás! Insensatos que no temen una catástrofe en la vida que los prive del deseado reposo al benéfico calor del estío. Insensatos que olvidan que un tercer poeta ha dicho:

Al brillar de un relámpago nacemos
Y aun dura su fulgor, cuando morimos:
¡Tan corto es el vivir!
La gloria y el amor tras que corremos,
Sombras de un sueño son, que perseguimos.
¡Despertar es morir!

Publicamos tambien la interesante fachada que la exposicion peruana tiene en la Universal, y de cuyo estudio nos ocuparemos próximamente.

A. U.

EL TEATRO

(Conclusion.)

A la historia de la música clásica de Francia están asociados los nombres de Lulli, Piccini, Gluck, Spontini, Cherubini y varios otros. Halevy, Auber, Méhul y otros pocos son los únicos franceses que se han distinguido en ese género de música, que tan egregias condiciones exige en el compositor. No obstante, lo que se ha llamado Grande Opera de Paris ó sea la Academia nacional de música, que data de Luis XIV, ha atraído siempre los curiosos así por el aparato escénico, que es verdaderamente mágico, como por sus artistas, sus bailarinas y sus célebres bailes de máscaras. Destruído por un incendio en 1873 el edificio de la antigua Grande Opera, las representaciones pasaron luego al de la Nueva Opera, soberbio, suntuoso monumento, sin igual en el mundo.

Los alemanes tienen óperas sublimes, y su música clásica remonta casi á la misma época que la de Francia. Los nombres de Mozart, Beethoven, Weber y Wagner son hoy tan conocidos en los salones de América como los de Rossini, Donizzetti, Bellini y Verdi.

En Inglaterra las composiciones dramáticas musicales empezaron al fin del siglo xv. Aunque aquel gran país no ha descollado nunca por sus maestros, es muy general allí el gusto filarmónico en las clases educadas de la sociedad, y al teatro de Covent Garden concurren cada año á hacerse aplaudir artistas como Adelina Patti, Tamberlick y otros.

Aunque las dotes musicales de los españoles no sean inferiores á las de los italianos, el drama lírico no comenzó en España sino á principios del siglo xvii, ni se ha generalizado en el mundo la música de los compositores de esa nación.

Aquí nos cumple mencionar á la Rusia, donde al par que la civilización labra cada día más el gusto por la música clásica. A Petersburgo y á Moscou han ido sucesivamente, como á Londres, á recibir aplausos las grandes celebridades del canto, tales como Rubini, Tamburini, Labiache, Mario, La Grisi, Taglioni, El-seler, Tamberlick, Carlota y Adelina Patti, la Bossi, etc.

Como con la voz ópera se designa cualquiera composición musical, y señaladamente las obras serias, llámase *ópera cómica* una composición perteneciente á un género jocoso, en la cual el diálogo alterna con el canto. La ópera cómica de los españoles es la zarzuela. Estas composiciones son á la ópera clásica lo que la comedia es á la tragedia y al drama.

El arte de manifestar el sentimiento por medio de la música está también incipiente en nuestra América. Sin embargo, se va despertando cada día más el gusto, y ya el señor Villate, de la isla de Cuba, logró que se diese una ópera suya en el Teatro Italiano de Paris.

C. C. G.

LA LEY DIVINA

Sobre la fresca y murmurante onda
El astro de la noche se refleja;
El aura en cada flor un beso deja,
Porque al halago con su olor responda.

No hay gruta, peña ó árbol que no esconda
Blando lecho nupcial y lo proteja;
Y del amor universal la queja
Vibra en la cumbre y la caverna honda.

Y el globo gira en calma, y tierno brillo
La luna en paz despide de su frente,
Y arden tranquilas las estrellas de oro.

Y atento al espectáculo, me humillo;
De Dios la Ley escucho, y obediente,
Pienso en mi amada, y me enardezco, y lloro.

DIEGO V. TEJERA.

Paris 1877.

NOSTALGIA

Árboles de estos campos, del florido
Verjel que adornó mayo protectores;
Que dais al aura aromas y rumores,
Y al trovador del aire blando nido:

Cuando haya el crudo invierno convertido
En desolada ruina esos verdes,
Y cuando sus alados moradores
De la desnuda rama hayan huido,

Yo — pájaro extraviado — á vuestro tronco
En horas de dolor pediré amparo,
Y le haré de mis quejas confidente;

Y hasta que torne abril, en canto ronco
Le hablaré de la patria — el nido caro —
Y el bien querido que me llora ausente.

R. DE NARVÁEZ.

Nueva York, oct. 1876.

LAS NUBES

Blanca, ligera, caprichosa nube
con tintas de arrebol,
gasa leve que flota en el espacio
con ténue resplandor,
nácar que quiebra los raudales tibios
del inflamado sol,
es un ensueño de amorosa dicha,
es un recuerdo de fugaz amor.

Opaca, negra, pavorosa nube,
cual velo de crespon,
nube preñada de húmedos vapores
sin luz y sin color,
sombra que aleja la risueña musa
de alegre inspiración,
es la memoria de un placer perdido,
es un remordimiento abrumador.

Pero las nubes con que borda el alba
del cielo la extensión,
los celajes que brillan en Oriente
con nítido fulgor,
los risueños cambiantes matutinos
del Iris y del Sol,
son esperanzas de futura dicha,
son reflejos de mágica ilusión.

NICOLÁS ESTEVANEZ.

EL DIAMANTE AZUL

(Del alemán.)

I.

Tenemos delante de los ojos la larga fila que forman los magníficos salones de un palacio de hadas. Esos salones no tienen puertas que los aislen, y están unidos entre sí por arcos de bóveda que permiten á la vista abarcarlos todos de uno á otro extremo. No hay ventanas en los muros: cada sala recibe la luz de arriba, y por los vidrios de colores de la bóveda penetran

los rayos del sol y hacen ver los matices del iris. Las columnas sobre las cuales descansan los arcos dentados de arquitectura morisca, son de jaspe y de mármol abigarrado; los espacios están medio cubiertos por espesos tapices de damasco recamados de cordones de hilo de oro. Plantas trepadoras y guirnalda de flores que se enlazan á unas rejas doradas, ocultan asimismo unos nichos misteriosos. Las paredes están cubiertas de malaquita y esmalte, sobre los cuales se cruzan ricos arabescos trabajados en oro. El suelo desaparece bajo unas alfombras tan suaves como pieles de Angora.

La sala del centro es circular; sus paredes son de mármol amarillo, al que la rósea luz que cae de lo alto le presta las tintes de la aurora. Plantas tropicales cercan una fuente que se halla en el centro de la sala y cuyo chorro hace saltar unas bolas de cristal. A lo largo de las paredes, aves de vario y vistoso plumaje y monos traviesos como ellos solos, juguetean estrepitosamente detrás de un elegante enrejado.

Por una abertura embovedada, la vista puede penetrar en un soberbio vestíbulo cuyas columnatas dejan columbrar un jardín mágico con sus granados florecidos y sus palmeras de hojas lozanas y llenas de savia.

En medio de ese vestíbulo hay una mesa cubierta de cuanto puede halagar la vista ó el paladar, pero de tal modo, que la eleccion es casi imposible entre aquella variedad de primores. No sabe uno que admirar mas allí, si la magnífica vajilla ó las obras artísticas de azúcar y gelatina que representan castillos y flores. Ni es menos difícil decidir si gustar de aquellos exquisitos manjares es mejor que perder el tiempo en contemplarlos.

Finalmente, por entre todas aquellas salas y columnatas y hasta por entre el jardín, se esparce un grato perfume que parece obrar sobre los sentidos produciendo como un desvarío: es una combinacion de las exhalaciones de las plantas tropicales con el incienso que se está consumiendo en unos trípodes de oro.

Ese maravilloso palacio es el del shah. ¡Nada hace falta en él, ni aun la mujer, esa gran maravilla del mundo!

Sobre una otomana bordada de oro reposa el hada que preside el reino de los cuentos: cuanto se pueda imaginar de gracioso y esbelto, eso hay en su semblante y en su talle; aun sin diadema parece una verdadera reina. Una turba de mujeres se agrupan solícitas en torno á ella, cual piedras preciosas alrededor de un diamante, y hacen por distraerla con sus danzas, sus ejercicios de equilibrio ó de prestidigitacion y la lectura de sus poetas. Bajo sus órdenes cosen y bordan los mas ricos vestidos, entreteniéndola así hasta la llegada del señor y dueño de todas aquellas magnificencias. A la vista del sultan, todas las mujeres se retiran llenas de veneracion, mientras que su señora da á besar su blanca manecita al mas venturoso de los hombres, al que la nombró su única y amadísima sultana, su adorada Hafisem.

Y todavía hay muchas otras cosas en ese palacio fantástico, tales como una escena para las representaciones teatrales y un circo donde los farsantes árabes hacen admirar su fuerza y su habilidad.

Todo el dia se pasa así entre las diversiones, los cantos y las danzas, y regalándose los moradores con las mas esquisitas golosinas.

Por la noche, gracias á un mecanismo velado por las flores, rompió como por encanto una música misteriosa que viené á mecer los sentidos fatigados de todos estos goces, y á invitarlos á un sueño reparador.

Hasta aquí nada hay notablemente extraordinario en toda esta descripción; la cual no empieza á tener algun interes, sino cuando se sabe que ese palacio de hadas no se halla en los estados de Marruecos, ni en los de Trípoli, ni bajo ninguno de los cálidos climas de los Nababs indios, sino que existe nada menos que en el reino civilizado de la Gran Bretaña, á unas cuatro millas inglesas de la capital, en un terreno sometido á la vigilancia del jefe de la policía de Lóndres y á la jurisdiccion del lord mayor, sin que con todo eso hayan sospechado uno ni otro durante años enteros la existencia de esa soberbia fábrica.

Verdad es que esta relacion data de 1733, época en que aún no existia ésta masa de diarios que hoy están encargados de descubrirlo todo, y que se meten indiferentemente en los negocios de todo el mundo.

Además, ese palacio sultánico está situado en medio de un inmenso parque que pudiéramos llamar agreste, que el nuevo propietario habia comprado con todas las casas y dependencias de los contornos, á fin de aislarse completamente. Él y los suyos eran los únicos seres que lo habitaban. Nada habia tampoco de extraño hácia aquella época en Inglaterra en que los ricos propietarios cercasen sus tierras de altas palizadas y cerrasen los caminos que conducian á sus castillos.

Por otra parte, el dueño de aquella finca pagaba al contado, no tenia relaciones con nadie, no infringia nunca las leyes de su pais, en tratándose de negocios se hacia pasar por un tal Herby Esquire, y no negaba en modo alguno que era « un musulman que habia tenido sus razones para huir de Estambul. » Y los derechos del emigrado son cosa sagrada en Inglaterra.

Como las palmas y las plantas tropicales que en ese palacio habia no podian vivir sino en invernáculos, el jardín estaba cubierto por un techo de vidrio, y en invierno, bien que esta estacion sea menos rigurosa en Inglaterra que en Alemania, palacio y jardín eran calentados por vapor.

Así los árboles como los animales meridionales habian sido llevados de Africa; los esclavos negros procedian de Numidia, y el palacio mismo habia sido trabajado por arquitectos orientales.

Pero ¿de dónde era la sultana? Hé ahí el enigma de la historia.

(Continuará.)

REVISTA CIENTÍFICA

EL TELÉFONO. EL FONÓGRAFO. EL MICRÓFONO.

Tan fecundos han sido los últimos meses en punto á adelantamientos científicos, que no seria fácil tarea la de narrar todo cuanto se ha concebido ó ejecutado. Fijemos, pues, únicamente nuestra atencion en ciertos inventos que en el breve espacio de algunas semanas han venido á ser populares, y que sin duda alguna introducirán notables modificaciones en el comercio y las costumbres. Estudiemos el *teléfono*, es decir, el instrumento que sirve para transmitir los sonidos á grandes distancias; el *fonógrafo*, que conserva y repite los sonidos, y el *micrófono*, que los amplifica.

Tres grandes necesidades que el hombre tenia han quedado de esta suerte satisfechas. Los ojos gozaban ya del microscopio, que crea nuevos seres para el universo visible; poseian el telescopio que, digámoslo así, les acerca los cielos; tenian, en fin, un variado número

de lentes que modifican ya el colorido de los cuerpos, ya la refracción de los rayos luminosos. Mas la voz humana se hallaba aún reducida á muy estrechos límites, y el aire, incapaz de llevarla muy léjos ó de mantenerla por un tiempo indefinido, y mucho ménos de amplificarla, la dejaba morir en su seno.

La voz articulada ha sido considerada siempre como uno de los más bellos atributos del hombre : aquel que le coloca en la primera línea de los séres animados, aquel que más claramente revela su intelectualidad. Hoy esa voz ha adquirido la sonoridad que le faltaba y se hace oír en apartadas regiones, al propio tiempo que puede, por decirlo así, vivir en una forma latente. El hombre, rey de la Naturaleza, ha encontrado así un nuevo modo de dominarla.

Asombro debería causarnos que al tiempo mismo hombres de diversos países hayan entrado en colaboración para la misma obra y completado los unos el trabajo de los otros, si la historia científica no nos suministrase numerosos ejemplos de lo mismo en diferentes épocas. La humanidad ha vivido constantemente bajo la influencia de algún cúmulo de ideas ó de necesidades, que tienden á un resultado definido. De aquí los grandes acontecimientos y el carácter distintivo de cada era. De aquí también los hombres que, representantes de ese mismo carácter, han realizado esos acontecimientos.

La noción de la unidad y constancia de la fuerza y de su manifestación bajo distintas formas, es sin duda una de las grandes adquisiciones que ha hecho la ciencia moderna. Los experimentos del Conde de Rumford, de Séguin, de Mayer, de Toule, de Davy sobre la transformación del calor en movimiento; los que verificó el profesor Seebeck sobre la transformación del calor en electricidad; la relación que Faraday observó entre la electricidad y la afinidad química; la chispa eléctrica, es decir, la luz emanada de la electricidad; el calor originando luz, fenómeno que observamos diariamente, todo corrobora la gran verdad de la unidad de la fuerza. Guiados por ella, y merced á las facilidades que la civilización ha introducido para la comunicación de unas naciones con otras, los sabios han podido, ahora más que nunca, realizar en poco tiempo adelantamientos sorprendentes. No es de extrañarse, pues, que aun no habiendo acabado Al. Graham Bell de darños su teléfono, Edison nos diese el fonógrafo y Hughes el micrófono.

El teléfono de Graham Bell no es el mismo que con este nombre se vende al pueblo en las calles de París y que, según se nos ha dicho, es ya muy conocido también en algunas capitales de Sur-América. Este sencillo instrumento consiste únicamente en un hilo terminado en cada extremidad por una membrana ajustada á una trompetilla. Ciertamente es que aquí se realizan todas las condiciones del teléfono, pues la persona que habla, aun en voz baja, hace vibrar una de las membranas, y estas vibraciones se transmiten sucesivamente al hilo, á la otra membrana, y de esta, por medio del aire, al oído del que escucha.

Antes de pasar adelante preciso es que recordemos que las vibraciones desempeñan un papel importantísimo en los fenómenos físicos. Una vibración es una pérdida de equilibrio en las moléculas del cuerpo que vibra. Sabido es que el sonido se produce por las vibraciones del aire ú otro medio, y que de la rapidez y amplitud de estas vibraciones dependen la intensidad, la altura y el timbre del sonido. Del propio modo, y aunque ésta no fuera la opinión del gran Newton, pa-

rece hoy perfectamente demostrado que la luz se origina en las vibraciones del éter, y que de estas vibraciones, más ó ménos amplias, más ó ménos rápidas, depende la variedad de colores. Finalmente, probable es que mas tarde se halle el origen de la electricidad en alguna forma especial de vibración en las moléculas. Cómo se transforman unas vibraciones en otras, hé aquí lo que la ciencia no ha descubierto todavía, no obstante que ha logrado ya obtener maravillosos resultados prácticos, tales como los instrumentos que estamos describiendo, del mero conocimiento de esta mutabilidad de la fuerza.

El teléfono que arriba hemos descrito era muy imperfecto, por la poca intensidad y rapidez de las vibraciones transmitidas por el hilo, lo que hacía que la voz no pudiese oírse sino á distancias relativamente cortas. Preciso era, para que el instrumento fuese realmente útil, obtener un aparato que, añadido á la membrana que vibra, pudiese transmitir muy léjos sus vibraciones, y ocurrió á Graham Bell colocar á muy corta distancia de esta membrana una barra imantada, que lleva hácia su extremidad una bobina envuelta en alambre fino aislado por un forro de seda, y cuyas dos puntas van á dar á cada extremo del teléfono. En efecto, sabido es que una barra imantada tiene la propiedad de producir una corriente de inducción, siempre que á uno de sus polos se le acerca un trozo de acero. Este movimiento magnético será de mayor ó menor intensidad en razón directa de las vibraciones de la membrana, y en un extremo del teléfono vendrá á repetirse, aunque en sentido inverso, lo que ha pasado en el otro. De esta manera ha podido oírse una frase á 150 kilómetros de distancia.

A pesar de este aparato electro-magnético, el teléfono tenía el inconveniente de que la corriente de inducción era aún débil para la gran distancia que recorría, y necesitábanse oídos muy expertos para distinguir las palabras. A remediar este defecto ha venido el aparato de Hughes, el cual amplifica y da fuerza á los sonidos.

También hay en él una corriente eléctrica, la cual pasa por los hilos conductores y además por una varilla vertical de carbon, que, por estar unida á una tablilla, entra en vibración cuando ésta vibra. La vibración de la varilla modifica el paso de la corriente eléctrica y altera los contactos de la membrana telefónica, dando á las vibraciones de ésta una amplitud enorme, y de aquí resulta que el teléfono receptor emite sonidos llenos de claridad y de pureza. Tal es el *micrófono*, cuyos resultados han sido verdaderamente sorprendentes. En efecto, basta poner sobre la tablilla una mosca encerrada en una caja pequeña, para que á gran distancia se perciban los movimientos del insecto. Con mayor razón se oirá, pues, una frase, un aire musical ú otro sonido fuerte que haga vibrar la tablilla del micrófono.

Así pues, hoy se puede conversar á miles de metros de distancia y aun distinguir la voz de la persona con que hablamos. Pero podemos también, merced al *fonógrafo*, guardar, almacenar por decirlo así esa voz, y volverla á oír después una y muchas veces si así lo deseamos.

Para comprender el mecanismo del *fonógrafo*, que es tan sencillo como el de los dos instrumentos que hemos descrito, basta imaginar también una trompetilla terminada en una membrana, á la cual está adherida una aguja que, por medio de un resorte, se apoya en un cilindro envuelto en una hoja metálica. Este cilindro, movido por una máquina de reloj, ejecuta al mismo tiempo un movimiento de rotación sobre su eje y otro de translación en el sentido de éste, de donde resulta

que la aguja, que está fija y que se apoya en el cilindro, irá dejando sobre éste una marca ó sulco. Cuando hablamos delante de la trompetilla, la membrana vibra más ó menos segun que los sonidos de nuestra voz son más ó menos fuertes, y por lo mismo el sulco será más profundo en unas partes que en otras. Si terminada nuestra frase volvemos á colocar la aguja al principio del sulco, y hacemos ejecutar al cilindro el mismo movimiento que anteriormente, producirémos en la membrana exactamente las mismas vibraciones que nuestra voz habia producido, ó lo que es lo mismo, el fenómeno se efectuará en sentido inverso y el instrumento repetirá lo que delante de él habíamos dicho. Es un instrumento que no sabe guardar secretos.

Los aparatos que hemos descrito están aún muy imperfectos, y cada día se introducen en ellos muy útiles mejoras, de que en otra ocasion hablaremos. Toca á cada cual imaginar el variadísimo número de aplicaciones que obtendrán en la vida práctica.

Los dos dibujos que acompañamos, servirán para dar á comprender mejor las explicaciones que damos sobre el fonógrafo.

IGNACIO GUTIÉRREZ PONCE.

han llegado á formar maridajes que há poco se hubieran calificado sin vacilacion alguna de chillones y que hoy ya se encuentran originales y aún pintorescos, en gracia del hábito.

Las aplicaciones de los pliegues y dobleces varian tambien mucho. Ora son largos y verticales, ora oblicuos ó en forma de abanico.

Los cinturones de cuero ó de cinta gruesa y cerrados ya por broches de metal ó por un lazo agujeta, se están usando mucho.

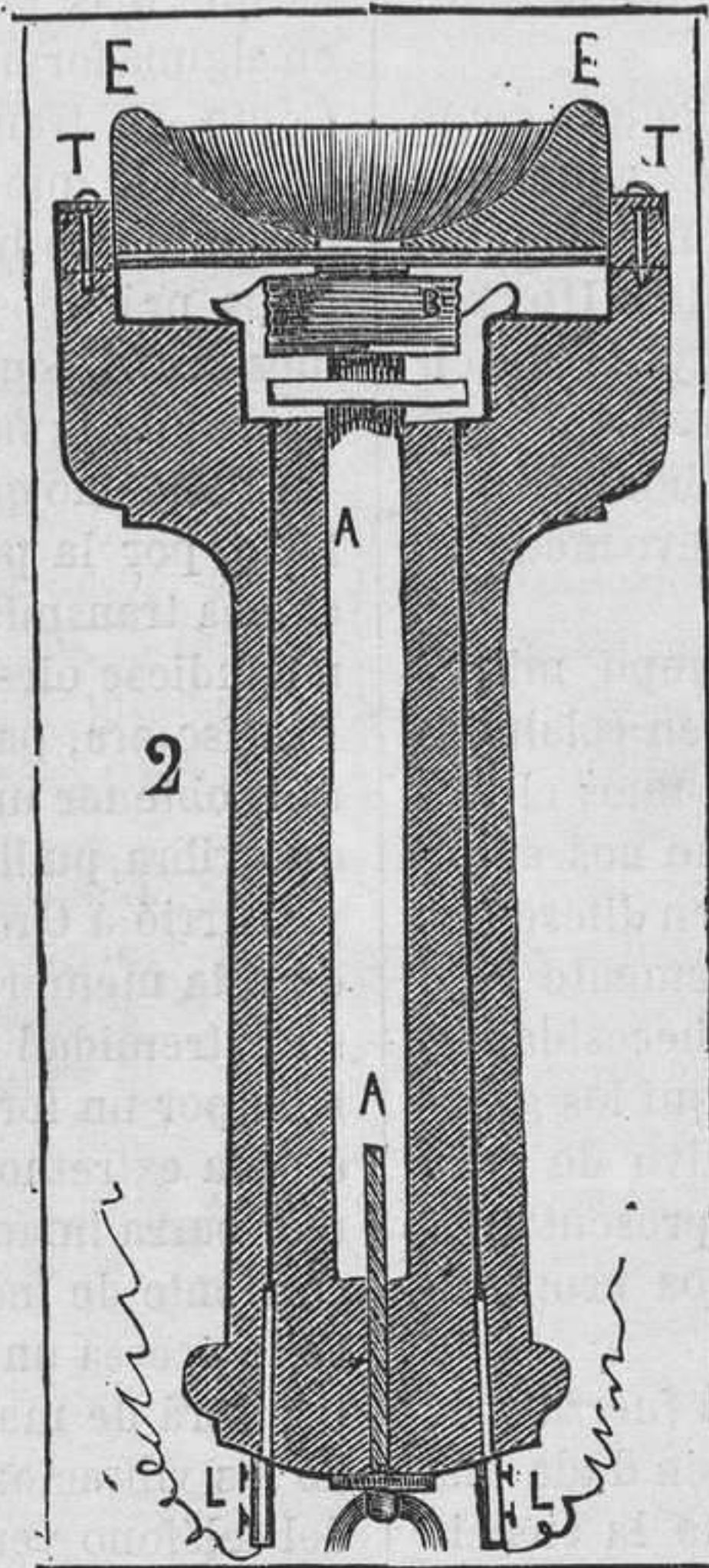
Como abrigo, están muy en boga los sacos con chaleco largo, bastante ajustado por detrás y semejando una coraza, como las que en dias pasados se usaron, pero con faldones largos. El chaleco es, por lo general, de una tela distinta de la del saco y de color más claro que el de éste, las más de las veces. Aunque largos y adornados con botones de metal, estos sacos no excluyen, sin embargo, por completo el uso del cinturon.

El figurin que hoy damos puede, mejor que una larga descripcion, dar á conocer las modas del dia. El vestido, propio para señora jóven, de lana y seda rayada, forma una especie de polonesa, cuyo faldon redondeado vá recogido hácia atrás, sobre una enagua de cola no muy larga, tambien de seda y adornada con multitud de volantes de pliegues fruncidos ó en forma

de caracol y que cubren casi todo lo que pudiera verse de la saya.

La parte delantera, muy borbolloneada á lo largo, descende hasta sobre los volantes, donde se pierde en las ondas de adornos de que ya se ha hablado. Unos cuantos lazos agujetas hechos con cintas de diversos colores retienen la polonesa, que semeja bastante un frac, al cuerpo del vestido.

El figurin lleva sombrero-capota, adornado con lazos de cinta parecidos á los del vestido.

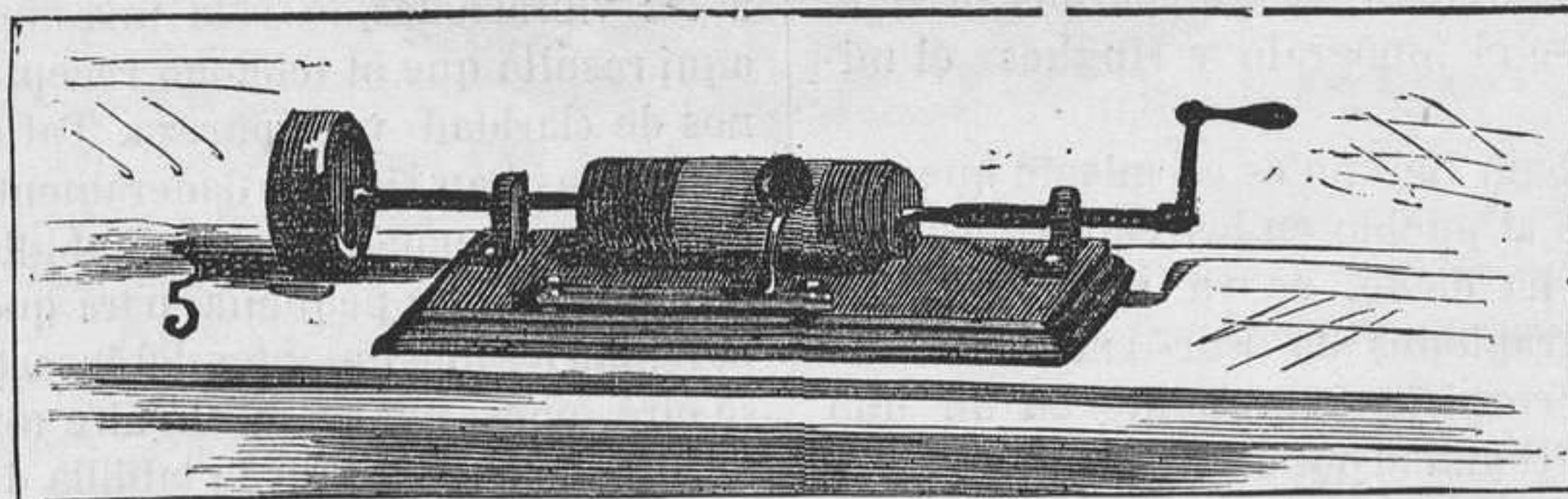


TELÉFONO

MODAS

Lazo agujeta. — Cinturones. — Sobretodos. — Figurines.

Las dos particularidades de la moda son, por lo pronto, los pliegues en los vestidos y los adornos de lazos llamados agujetas y que se forman con cintas angostas del mismo ó de diversos colores. Estos lazos, para valernos de la expresion consagrada, hacen furor. Úsanse en los trajes, en los sombreros, por todas partes, y se



FONÓGRAFO

El otro traje, cuyo figurin acompañamos, se compone de una larga bata de hilo, con quillas lisas de igual tela, rodeadas tanto en la parte baja de la bata, como en las mangas, que son angostas, de una blonda ó guipura blanca, bordada á la rusa, es decir, entreverada con hilos rojos, achocolatados ó azules. La enagua, que apenas roza el suelo, lleva un volante, por sobre el cual se vuelven á encontrar, colocadas oblicuamente, quillas ó losanges parecidas á las ya mencionadas. Como adorno para la cabeza, lleva el figurin un bonetito puf, rodeado de encaje ruso y recogido por una cinta

del mismo color que las del vestido. Esta clase de vestidos se usan para por la mañana, y se fabrican mucho de la tela llamada céfiro, especie de zaraza que ha reemplazado al Oxford.

El vestidito para niña de seis años es de muselina de la india, adornado con sesgos de faya. Sombrero de paja blanca. Botoncitos de seda azul.

MAD. DORIAN.

El gerente: Ducros.

PARIS. — Imprenta de A. POUJIN, 43, quai Voltaire.